Año I — 21 de Marzo de 1894 — N.° 3

ANTAHKARANA

(El Sendero)

REVISTA TEOSÓFICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Semestre: Ptas. 1'00
Ultramar y Extranjero: año — 4'00
Número suelto, 15 céntimos

SATYÂT NÂSTI PARO DHARMAH
(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Redacción y Administración: Aribau, 104, 2.°-1.ª: Barcelona.
Se suscribe en esta Administración y en Madrid: Calle Cervantes, 6, principal, y por nuestros corresponsales

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA NO ES RESPONSABLE DE LAS OPINIONES EMITIDAS EN ESTA REVISTA: SIÉNDOLO DE CADA ARTÍCULO EL FIRMANTE, Y DE LOS NO FIRMADOS LA DIRECCIÓN

LOS OBJETOS DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

II

Vamos hoy á decir algo acerca del segundo de los objetos que se propone alcanzar la Sociedad Teosófica, que, como sabemos, es el siguiente:

II.—*Fomentar el estudio de las Religiones, Literaturas y Ciencias de los Arios y de otros pueblos orientales.*

¿Cómo se propone realizar ésto la Sociedad? ¿Es acaso convirtiéndose sus miembros en una asociación de Orientalistas, para lo cual hay que empezar por aprender los diversos idiomas indos, desde el pali al sanscrito; el chino, japonés, mogol, persa, etc., así como la etnografía y demás conocimientos que constituyen la ciencia antropológica?

Nunca ha sido tal el propósito de la Sociedad Teosófica. En Europa existen Academias y sabios que se dedican á semejantes tareas, y á los cuales se deben, entre otros importantes trabajos, la traducción de diferentes obras orientales, muy apreciables bajo ciertos puntos de vista. Cierto que, en cuanto á esas traducciones hechas por ellos, al verter los originales á sus idiomas respectivos, adolecen un poco del sabor debido á su manera de sentir y á sus prejuicios occidentales, lo cual, por otra parte, es muy natural que así sea.

Pero con todo, el Oriente resulta poco conocido aún, tanto en su pasado como en su presente.

Dícese—con más razón de la que generalmente se cree—que la cuna de nuestra civilización es el Oriente; y en efecto, á él debemos casi todo lo que tenemos: religión, artes, letras, ciencias, agricultura, legislación, arquitectura, industria y otros conocimientos que sería prolijo enumerar. En aquellas épocas remotas, confundidas en la noche de los tiempos en nuestra relativamente moderna historia, cuando nuestro Occidente se hallaba sumido en la más crasa barbarie; en Oriente florecía una civilización que nos causaría asombro si la conociéramos detalladamente.

Cuando nuestros pueblos carecían de idioma, pues no constituyen éste dos ó tres cientas palabras, las precisas para formar verbos y designar las cosas más necesarias á la vida para entenderse; allá en Oriente existía ya un idioma verdaderamente clásico que es hoy la admiración de nuestros filólogos, por su riqueza y bien meditada construcción gramatical; el sanscrito, idioma perfecto, como su mismo nombre significa, y con el cual tan íntima relación tienen los más modernos, como son el griego antiguo, el persa, el latín, el germano, el eslavo y algún otro; lenguas madres, á su vez, de otras, como ellas han de reconocer por tal al sanscrito.

Las mismas cifras que empleamos en nuestra numeración, que no sé por qué motivo se denominan árabes, no son debidas á éstos; pues las hallamos en el sanscrito con un ligero cambio de valor en dos de ellas.

En cuanto á literatura, cuando aquí nadie soñaba siquiera que pudiera haber algo parecido; en la India estaba ya perfectamente cultivada, y buena prueba de ello es, por ejemplo, el antiquísimo *Mahâbhârata,* precioso poema sanscrito que, al decir de un docto escritor inglés, constituye la epopeya más colosal de todas, y sobrepuja tanto á la *Iliada*, á la *Odisea*, á la *Jerusalén libertada* y *Los Lusiadas*, como las pirámides de Egipto á los

templos griegos. Por cierto, nuestros orientalistas que de este poema se han ocupado, no han conseguido comprender el fondo esotérico que su sentido literal encierra. Ha sido necesario que la Teosofía nos enseñara á deletrear el fondo oculto, al través de las imágenes que presenta el *Bhagavâd-Gita*, para que empezáramos á entrever algo de las verdaderas bellezas que contiene.

¿Y qué diremos de otros muchos monumentos literarios del Oriente, todos ellos de mérito incomparable, tales como el *Righ-Veda*, el *Ramayana*, los *Puranas*, *Sakuntala* y otros varios? Por no pecar de difusos, nos concretaremos á traducir las siguientes entusiastas expresiones que la lectura de una de las obras citadas sugirió á Goethe: «Si queréis las flores de la primavera armonizadas con los frutos del otoño; si queréis aquello que encanta y enagena; si queréis aquello que nutre y sacía; si queréis fundir en un solo nombre el cielo y la tierra, os nombraré *Sakuntala* y lo habré dicho todo.»

En una palabra: nada prueba más el valor y el mérito de la literatura propia de los diferentes pueblos del Asia, que el afán con que los orientalistas de todo el globo se dedican á traducir y descifrar sus libros y manuscritos.

Aun cuando no fuese más que por esto, y por el propósito de desentrañar el profundo sentido hábilmente velado que contienen un gran número de obras orientales, cuya antigüedad se pierde para nosotros en las tinieblas del pasado, estaría perfectamente justificado este segundo objeto de la Sociedad Teosófica.

Los Arios, el pueblo más metafísico y espiritual que ha existido sobre la tierra, en aquella época remota, antes de su dispersión, escribían bajo formas generalmente poéticas el verdadero sentido oculto que querían trasmitir, de manera que sólo sus iniciados podían comprender—no leyendo entre líneas, como decimos ahora, sino penetrando en el fondo de las formas y palabras—el sentido real que contenían. En cuanto á los demás, ó sea las masas, sólo sabían ver la corteza, la forma literaria siempre bella y agradable, sí, pero el fondo, el asunto verdadero, quedaba impenetrable para ellos.

Y así queda todavía, no sólo para la generalidad, sino hasta para nuestros sabios orientalistas.

Los conocimientos que habían alcanzado los Arios en materias científicas, son verdaderamente asombrosos. Como no es nuestro ánimo entrar en detalles sobre este asunto, pues no es este ni lugar ni momento oportuno para hacerlo; y sólo para justificar lo que acerca de este punto se halla indicado en este segundo objeto de la Sociedad Teosófica que estamos examinando, vamos á reproducir las siguientes palabras de la *Doctrina Secreta:* «Los arios védicos (indos), estaban tan familiarizados con los misterios del sonido y del color, como lo están nuestros fisiólogos en el plano físico: pero aquéllos habían dominado los secretos de uno y otro (sonido y color), en unos planos inaccesibles para el que sólo estudia la materia..... conocían también una doble serie de sentidos, espirituales y materiales, etc. (1).»

Actualmente está fuera de duda que los indos atesoraban extensísimos conocimientos en los diferentes ramos del saber humano, como puede verse en los párrafos siguientes, que traducimos de una obra escrita por un reputado orientalista:

Filosofía.—Los indos crearon desde su fundamento los dos sistemas de espiritualismo y materialismo, de filosofía metafísica y de filosofía positiva.

Astronomía.—Establecieron el calendario, inventaron el zodíaco, calcularon la precesión de los equinoccios, descubrieron las leyes generales de los movimientos, y observaron y pronosticaron los eclipses. Algunas de sus observaciones astronómicas se remontan á la friolera de 58,000 años.

Matemáticas.—Inventaron el sistema decimal, el álgebra y los cálculos diferencial, integral é infinitesimal. Descubrieron la geometría y trigonometría, sentando y probando teoremas que no fueron conocidos de los europeos sino hasta el siglo XVII ó XVIII.

Física.—Descubrieron la hidrostática, así como la famosa proposición de que un cuerpo sumergido en el agua, pierde un peso igual al del volumen de agua que desaloja; calcularon la velocidad de la luz, y fijaron las leyes que ésta sigue en su reflexión. También calcularon la fuerza del vapor.

Química.—Conocían la composición del agua, y formularon con relación á los gases la ley, relativamente nueva para nosotros, de que el volumen de un gas está en razón inversa de la presión que sobre él se ejerce. Sabían preparar un gran número de ácidos, óxidos, sulfuros, carbonatos, sulfatos y otras sales diversas; fabricaron asimismo la pólvora.

Medicina.—Eran asombrosos los conocimientos de los indos en materia de medicina é higiene. Baste decir que Hipócrates, Averroes y otros famosos médicos de la antigüedad se inspiraron en los tratados médicos de aquellos países, no siendo más que unos copiadores de los sistemas indios.

Música.—Conocían los tonos y semitonos musicales, siendo los inventores de la gama, cuyos so-

(1) H. P. Blavatsky, *The Secret Doctrine*, t. I.

nidos denominaban así: *sa-ri-ga-ma-pa-da-ni-sa*. Guido d'Arezzo la inventó mucho más tarde.

Por fin, poseían los indos varios conocimientos en Gramática, Poesía, Arquitectura y otras ciencias y artes, siendo buena muestra de las mismas los preciosos monumentos literarios y arquitectónicos que todavía admiramos.

Los Egipcios, otro de los pueblos más antiguos que se conocen, poseían asimismo conocimientos asombrosos para nosotros, y de los cuales no nos es posible dudar. Por ejemplo, en Astronomía, sabían perfectamente que esa faja blanquecina que en las noches serenas vemos cruzando el cielo, denominada por nosotros *vía láctea*, es una inmensa aglomeración de estrellas, como después ha venido á comprobar el telescopio, instrumento de que ellos carecían; se daban perfectamente cuenta de los eclipses y sus causas, calculando muy exactamente la época de su aparición; conocían asimismo la precesión de los equinoccios, la excentricidad de las órbitas cometarias y otras muchas cosas que sería hasta enojoso reseñar; todo lo cual ha hecho exclamar al grave historiador César Cantú, que semejantes conocimientos no pueden ser debidos más que «á un resto de la ciencia de los primeros hombres, ilustrados por la visión de Dios», (1) añadiendo que no abandonará esta opinión sino cuando se le presente otra más racional.

Hablando al principio de que somos deudores al Oriente, de nuestra actual civilización, hemos mencionado la Religión, y, en verdad, que, siendo más antiguas las indas que la del Occidente, ofrecen, sin embargo, curiosas analogías entre ellas, hasta el punto de que, haciendo un estudio comparado de las distintas religiones existentes, se puede descubrir en el fondo de todas ellas un origen común; tal es la identidad que se nota, no sólo en sus puntos fundamentales, esto es, la existencia de un Dios único y la inmortalidad del espíritu, sino también en muchos de sus detalles. Vamos á extractar brevemente algunos datos sobre este asunto.

Es sabido que, sea el que fuere el resultado de los cálculos hechos sobre la época en que vivió Krishna, es muy anterior á la de Buddha; así como la de éste, lo es á la de Jesús de Nazareth. Pues bien, los tres salvadores aparecen como hijos ó descendientes de reyes; son concebidos por una virgen inmaculada; son hijos de Dios; los pastores están junto á ellos en su primera edad; son perseguidos por los agentes de un rey, quien hace inmolar á los niños de su edad, esperando que ellos sucumban; se rodean de discípulos pobres, entre los cuales hay uno pariente ó preferido; predican á las multitudes su doctrina (semejantes en el fondo); son monoteístas; combaten al clero de sus países; hacen prodigios análogos, y son muertos en cruz ó al pié de un árbol de figura cruciforme.

Esto, en cuanto á los personajes.

Entre el Decálogo dado por Jehovah á Moisés y el Código moral del Buddhismo, existen también indudables analogías. Este último dice:—«1, No mates.—2, No robes.—3, No te complazcas en placeres sensuales prohibidos.—4, No mientas.—5, No tomes drogas ó licores que embriaguen ó aturdan.» Como se vé, el primer mandamiento Búddhico es exactamente lo mismo que el quinto Mosáico, No matar; en el segundo se hallan el séptimo, No hurtar, y el décimo, No codiciar los bienes ajenos; pues el que hurta es porque codicia lo ajeno. Igualmente el tercero corresponde asimismo al sexto y noveno mandamientos de Moisés; así como el octavo de éste es igual al Buddhista: No mientas.

Podríamos continuar una larga serie de estas semejanzas, que hallaríamos seguramente, además de las que tenemos á la vista, no sólo en los códigos, sino en los símbolos y prácticas religiosas de la antigüedad, con las actuales; pero como no es nuestro objeto detenernos en tales asuntos, nos limitaremos á transcribir las siguientes palabras de un distinguido orientalista, que, sobre estar perfectamente de acuerdo con él sobre este punto, las hallamos perfectamente adecuadas: «Todo hombre—dice,—sacerdote ó laico, cristiano ó judío, que sin prejuicio ni pasión alguna desee conocer los hechos tal y como la filología y el estudio comparado de las religiones nos lo enseñan, comprenderá que todas las religiones arias, así las antiguas como las modernas, *son idénticas en el fondo, se apoyan en la misma teoría, y practican el mismo culto* (1).»

Además de todo cuanto dejamos apuntado aquí, y de lo mucho más que pudiéramos añadir, de todo lo cual resultamos deudores del pasado Oriente, éste, á pesar de cuanto nos ha dado, no se halla agotado todavía. Se le creía exhausto del todo, pero durante siglos ha conservado, cuidadosamente guardado, un tesoro de valor inapreciable, incomparablemente más valioso que el de todos los diamantes juntos que se han encontrado en su suelo de Golconda y de las perlas que existen bajo las aguas del Océano Índico; tesoro que ningún poder humano les hubiera podido arrebatar, y que, sin embargo, han ofrecido y ofrecen

(1) César Cantú, *Historia Universal*, t. I.

(1) Emile Burnouf, *La Science des Religions*.

gratuitamente á todos cuantos son dignos de poseerlo. Este rico tesoro es la *sabiduría*, pero sabiduría que no se enseña en nuestras universidades, ni la contienen nuestros libros, pero que los que la poseen están siempre dispuestos á hacer partícipes de ella á cuantos deseen alcanzarla y sean capaces de merecerla.

Lo que entre nosotros se llama sabiduría ó ciencia, no es más que un conjunto de hechos observados y clasificados sistemáticamente, pero que por escapársenos las causas que los originan, á falta del verdadero *conocimiento* de ellas, cada cual las imagina á su manera, dando así lugar á los diferentes sistemas, contradictorios entre sí, que existen en los diferentes ramos de lo que se llama saber humano. Defendiendo cada cual con verdadero ahinco su manera de ver y apreciar las cosas, de aquí las continuas discusiones de los hombres de ciencia; y de aquí también que en ellas, lo que ayer se aseguraba ser verdad, hoy se reconoce que no lo es, por haber sido sustituídas unas teorías por otras, como mañana se aceptarán diferentes como ciertas, para ser desechadas y sustituídas por otras nuevas al día siguiente.

El verdadero *conocimiento*, que es la *sabiduría*, es el mismo hoy que era antes y que será después; porque las causas, ó sean las leyes por las que se rige la naturaleza, han sido, son y serán las mismas.

Esta es la *sabiduría* á que nos referimos.

¿No vale esto la pena de trabajar para alcanzarla?

He aquí, pues, una razón más del porqué la Sociedad Teosófica considera necesario estudiar el Oriente.

No es sólo la luz que vivifica y alegra la tierra la que nos viene por Oriente, sino que es también la verdadera luz.

PROMETEO

KARMA

¿Por qué nacen
Pobres como yo los unos,
Y nacen los otros grandes?
(ESPRONCEDA, *Diablo Mundo.*)

Todo, absolutamente todo en la Naturaleza, está regido por leyes, así en el orden físico como en el orden moral.

De estas leyes, unas son conocidas en alguno de sus aspectos, otras sospechadas y algunas ni conocidas ni sospechadas todavía, aun por los sabios más eminentes de la ciencia oficial.

De una de estas últimas nos ocuparemos en estas líneas, ley del órden moral desconocida generalmente, así en Europa como en América, pero aceptada como cosa corriente en la India, y muy bien conocida por algunos en este último país.

Nos referimos á la ley denominada *Karma*, voz sanscrita que, traducida á nuestro idioma, significa la ley universal de justicia distributiva y retributiva, y que seguiremos designándola con este nombre sanscrito, por ser dicha ley conocida así en Teosofía.

Lo que más ocupa y preocupa á la humanidad, es la lucha por la existencia, y mucho más en nuestros días, en esta época en que el egoismo ha llegado á su punto culminante amenazando destruir los cimientos y derribar el edificio de la actual sociedad. Ha llegado el tiempo en que el hombre ya no puede soportar más, y se rebela ante la injusticia, sintiendo por naturaleza en el fondo de su sér palpitar la justicia, y buscando anhelante y por todos los medios que están á su alcance poder salir de semejante situación.

El desenfrenado lujo, las pasiones, el vicio, la miseria y la desesperación reinan en absoluto en nuestro siglo, el cual, aunque sea el de las luces materiales, es también el de las más densas tinieblas espirituales.

Nacido el hombre para dominar la materia y dirigirla, se ha convertido en esclavo de élla hasta el punto de fomentar y explotar los vicios y las pasiones por satisfacción de la misma. El descontento y el marasmo se dejan sentir en todas sus fases. No es extraño que en medio de ese caos, y careciendo el Occidente de una doctrina que encierre una sólida moral práctica que esté en armonía con los sentimientos elevados y con el espíritu de justicia que cada hombre siente palpitar dentro de sí, se halle poseído de la más fría indiferencia, en lo que á religión se refiere, ó del materialismo más grosero.

Pero como la Ley (Karma) que no falla nunca y todo lo da á su debido tiempo, no podía faltar tampoco esta vez, los que dirigen el movimiento teosófico han creido llegada la hora de dar al mundo occidental las enseñanzas que éste necesita y que servirán de base al edificio social, moral y científico de las épocas venideras. A fin de dar á conocer de una manera justa la ley de Karma, extractaremos los siguientes párrafos de la preciosa obra de H. P. Blavatski *La Clave de la Teosofía*.

«El Karma es la ley infalible que ajusta el efecto á la causa, en los planos físicos, mentales y

espirituales del sér. Así como ninguna causa deja de producir su debido efecto, desde la más grande hasta la más pequeña, desde la perturbación cósmica hasta el movimiento de nuestras manos, y del mismo modo que lo semejante produce lo semejante, así también el *Karma* es aquella ley invisible y desconocida *que ajusta sabia, inteligente* y *equitativamente* cada efecto á su causa, haciendo remontar ésta hasta su productor, y aunque *incognoscible*, su acción es manifiesta.»

Para el materialista, el Karma no es más que una ley de casualidad; á ésta cree que son debidos el orden que regula el movimiento de los diferentes cuerpos del espacio, la justa periodicidad con que se reproducen las plantas, los seres, así como también los diferentes fenómenos de la naturaleza; la harmonía é igualdad con que se manifiesta todo en la naturaleza, para el materialista, no es debido más que á la casualidad.

Nosotros que no admitimos la casualidad, pues se halla en contradicción con la lógica, creemos en Karma la ley de reparación, de justicia distributiva y retributiva. Todo pensamiento, sentimiento y acción dan un impulso causal que debe tener su reacción, á la que da lugar el esfuerzo de la Naturaleza restableciendo así el equilibrio.

Esta ley es inescrutable en su origen, pero podemos descubrirla en sus efectos estudiando atentamente su manera de obrar. Es un reparador seguro de la injusticia humana, corrige las demás faltas aparentes de la naturaleza imparcialmente, con extricta justicia, sin que se logre aplacar ni por oraciones, ni por la intervención de mediador alguno la intensidad del efecto con relación justa á su causa.

Y continúa diciendo el citado autor:

«Esta creencia en el Karma es común á los Indos y á los Buddhistas. Ni unos ni otros creen en el perdón de sus pecados, excepto después de un castigo justo y adecuado por cada mala acción ó pensamiento, en una encarnación futura, y de una compensación proporcionada á las partes perjudicadas.»

En la *Rueda de la Ley* (*Wheel of the Law*, pág. 57) podréis encontrar la siguiente sentencia teosófica:—«Creen los Buddhistas que cada acto, palabra ó pensamiento produce su consecuencia, que más tarde ó más temprano ha de surgir, sea en la vida presente, sea en el estado futuro. Las malas acciones engendrarán malas consecuencias, y las buenas darán buenos resultados: la prosperidad en este mundo, ó el nacimiento en el cielo (Devachan)..... en el estado futuro.»

«Nosotros no creemos ni en el perdón por medio de otra persona, ni en la posibilidad de la remisión del pecado más insignificante por ningún Dios, aunque fuese un «Absoluto *personal*» ó lo «Infinito», si una cosa semejante pudiese existir. En lo que creemos es en la justicia imparcial y estricta. Nuestra idea acerca de la Divinidad Universal desconocida, representada por el Karma, es la de un Poder que no puede errar y que no puede, por lo tanto, sentir cólera ni compasión, porque es la Equidad absoluta que deja á cada causa pequeña ó grande producir sus inevitables efectos. La sentencia de Jesús: «Con la misma medida con que midiereis seréis medidos vosotros» (Mateo, VII, 2), no hace alusión, ni por la expresión de la frase, ni tampoco implícitamente, á alguna esperanza de salvación ó compasión, por substitución ó por medio de tercero. He aquí porque, reconociendo nuestra filosofía la justicia de esa sentencia, nunca podemos recomendar bastante la compasión, la caridad y el perdón de las ofensas.»

«El hacerse el hombre justicia por sus propias manos, siempre es un acto de orgullo sacrílego. Puede la Ley humana usar de medidas restrictivas; pero un hombre que, creyendo en Karma, sin embargo, se venga y se niega á perdonar las ofensas y á devolver el bien por el mal, es un criminal, y sólo á sí mismo perjudica. El Karma castigará seguramente á aquel que, en vez de confiar á la gran Ley el cuidado de la reparación, quiere intervenir por su cuenta propia en el castigo, pues con ello crea una causa de recompensa para su enemigo y un castigo para él mismo.»

Al tratar de la humanidad, es imposible hablar del Karma sin decir algo acerca de la Reencarnación, pues son complemento el uno de la otra; pero como de esta última se debe hablar extensamente á fin de poner en evidencia la relación de ambas doctrinas, nos limitaremos á dar de esta última sólo un ligero bosquejo.

La doctrina de la Reencarnación es común en el Oriente, y es aceptada en absoluto en la Birmania, China, Japón, Tartaria, Thibet y en la India, representando la creencia de 750.000,000 de seres humanos, ó sea cerca de las dos terceras partes de la población del globo.

«No es—dice un autorizado escritor—una superstición vulgar de las masas ignorantes; es la *base esencial* de la metafísica india, la piedra angular de todos sus inspirados libros.

»Una vitalidad real debe poseer, sin duda alguna, cuando de un modo tan admirable se conserva esta creencia.

»La Reencarnación es una doctrina sumamente

sencilla, fundada en la certeza de la indestructibilidad del Alma. Explica con claridad el descenso y destino del alma, de un modo tan natural que, no sólo se apoderó de las inteligencias de todas las razas primitivas, sino que llegó á ser la más extendida y la más influyente de todas las filosofías, efecto de la lógica y de la justicia que encierra, de la esperanza y del consuelo que ofrece al hombre.

»Enseña la Reencarnación que no entra el alma en esta vida como *una nueva y primera encarnación*, sino tras de una larga serie de existencias anteriores, sobre esta tierra y en otras partes, en las que adquirió sus cualidades inherentes actuales, y que se encuentra en el camino de futuras encarnaciones que ahora está preparando (1).»

La ley de Justicia no admite favoritismo alguno en el orden del Universo: todo hombre posee las mismas facultades para su desarrollo, ya sea en estado latente ó manifestándose en diferentes grados de actividad. Para que el desarrollo de estas facultades sea llevado á cabo, debe aquél pasar por todos los estados y experiencias durante los períodos de sus manifestaciones en el mundo material. El que ocupa en la existencia presente una elevada posición social, puede nacer en la humildad en la futura: todas las experiencias son necesarias para llegar á realizar el completo desarrollo.

«Explica la Ciencia la idiosincrasia de las plantas y animales por el ambiente de las generaciones anteriores, y llama costumbre hereditaria al instinto. De igual modo existe un evolución de la *individualidad*, por la que empieza el niño, con el carácter derivado de las vidas anteriores, su nueva era, y agrega la experiencia de una nueva *personalidad* á la suma total de sus propias particularidades acumuladas.

»Es el Alma, por lo tanto, un eterno glóbulo de agua que en el eterno pasado salió del Océano, destinado después de una serie incalculable de incursiones y rodeos por las nubes y las lluvias, la nieve y las nieblas, los ríos y manantiales, el lodo y el vapor, á regresar al fin y fundirse, con la adquirida experiencia, en el Corazón ú Origen de todo (1).

»Mientras esté gobernada el Alma por los deseos materiales, habrá de habitar en los cuerpos físicos; cuando sean puramente espirituales sus inclinaciones, hallará seguramente su morada en el dominio del espíritu.

»Admitida la permanencia del espíritu humano, sólo la doctrina del renacimiento ofrece una explicación metafísica del fenómeno de la vida.

»El orígen de la filosofía de la Reencarnación, es prehistórico. Es anterior á la más remota antigüedad en el mundo entero (2).»

En la dilatada serie de Resurrecciones por las que debe pasar la entidad espiritual para adquirir su gradual desarrollo, cada una de ellas va seguida de periodos de reposo, durante los cuales la entidad desencarnada se asimila la experiencia adquirida en la vida terrestre.

Los periodos de reposo y de actividad en la materia, son todos regulados por la ley de Karma.

(1) Vina, *Karma-Reencarnación*.

(1) Esta fusión no es la aniquilación, sino la plenitud del sér, con relación al *Infinito* y *Absoluto Sér*.

(2) Idem, idem.

VALKYRIA

CARTAS DE WILKESBARRE SOBRE TEOSOFÍA

por Alexander Fullerton, M. S. T.

(Publicadas en *The Sunday Morning Leader*.)

(Continuación)

CARTA III

En la Teosofía existen dos doctrinas que forman el núcleo de este sistema: la doctrina de la Reencarnación y la del Karma. La primera es sorprendente, la segunda es consoladora; pero una y otra son tan eminentemente racionales que desde el punto en que uno se hace cargo de ellas, casi con toda seguridad adquiere su completo convencimiento. La simple exposición de las mismas fué bastante para que el autor que esto escribe las aceptara inmediatamente, conduciéndole por fin á su felicidad como un perfecto teosofista.

Ambas doctrinas están basadas en el hecho fundamental de la Evolución—de la cual la ciencia no ha visto más que una parte,—en el hecho de que todos los seres van desarrollándose y progresando desde los planos más groseros é inferiores hasta los superiores y más elevados.

«La voluntad es más fuerte que el dolor;
Lo bueno se convierte en superior.»

La doctrina de la Reencarnación consiste en que cada hombre habita en un cuerpo carnal, no una, sino diferentes veces. Su Yo *(Self)* interno

é indestructible vuelve repetidamente á la vida terrestre, cada vez en una raza, familia y condiciones distintas, de suerte que viene á confrontarse sucesivamente con una de las fases de prueba y de experiencia, asimilando en aquel Yo la esencia de cada encarnación, y acabando finalmente por adquirir un consumado conocimiento de la naturaleza humana y una individualidad perfecta.

Cada individuo no es un millar de hombres compuestos dentro de uno, sino un solo hombre que ha tenido mil vidas.

Así como en el vasto mundo el viajero estudia los detalles y particularidades de cada país y de cada pueblo, haciéndose mentalmente más acomodaticio y vigoroso á consecuencia del viaje emprendido; así el Ego estudia la humanidad en toda su extensión identificándose por algún tiempo con cada una de las partes de la misma, y se convierte, no en un caldeo, romano ó americano, sino en Hombre. Y así como el viajero se alberga, ora en una choza, ora en un palacio ó en un hotel, no imaginándose nunca que todo cuanto le rodea sea más que pasajero y accidental; así también el Ego habita en moradas transitorias de carne, en calidad de artesano, príncipe, esclavo, hombre de letras, etc., siendo cada una de ellas una envoltura para una sola vida, y no formando, bajo ningún concepto, parte real del Sér que sobrevive á todas ellas.

Pero en el hombre hay algo más que conocimiento: hay emoción.

Si nosotros escudriñamos la variedad de circunstancias inherentes á la naturaleza humana, vemos cuan pequeño es el límite ó alcance de dicha emoción en algunas de ellas. El mayor alcance posible tiene lugar cuando un individuo es hijo, esposo, padre, pariente, patriota y filántropo. Muy pocos hay que reunan todas estas circunstancias, y como es muy natural, nadie puede ser á la vez padre y madre, marido y mujer, hermano y hermana. Para hacerse uno cargo de cada una de las circunstancias apuntadas, debe pasar por todas ellas, y de este modo, el dilatado sendero de la individualidad evolucionante le conduce á través de cada zona de sexo, parentesco, afinidad, sentimiento y deber, sin descuidar tipo alguno de condición humana, ni pasar por alto una sola fase de afección.

Uno de los argumentos teológicos aducidos para probar la encarnación de Dios, es que, sin experimentar los sufrimientos y afecciones de la humanidad, la naturaleza divina no podía darse cuenta exacta de la naturaleza humana, ni tampoco podía simpatizar con ella. De ahí—dicen los teólogos—la necesidad de un Dios-Hombre, ó sea Cristo.

La doctrina involucrada en el anterior argumento, es que nadie puede comprender lo que no ha experimentado. Si esta doctrina es verdadera, demuestra la necesidad de una encarnación divina; pero, en dicho caso, demuestra igualmente la necesidad de las reencarnaciones humanas; y de este, así como de muchos otros puntos, puede sacarse en claro que los postulados fundamentales de la «Ortodoxia» conducen en realidad á la Teosofía, y que esta última, lejos de pretender abolir los principios del Cristianismo, les presta mayor firmeza.

El hombre tiene, además, un sentido moral.

Aquellos de nosotros que no sentimos tendencia alguna al crimen, consideramos la verdad y la honradez como concepciones primitivas, esenciales é innatas; sin embargo, la Sociología demuestra que aquellas no son más que un producto de la evolución y el resultado de la experiencia de los males que consigo traen la mentira y el fraude. El sentimiento de justicia, el más abstracto de todos, es todavía débil en la actualidad, y en la mujer apenas existe.

(Se continuará.)

CUESTIONARIO TEOSÓFICO

Hemos recibido, desde la aparición del n.° 1 de ANTAHKARANA, las siguientes preguntas:

1.ª ¿Qué objeto tienen, en la marcha de la evolución humana, esas vidas que se extinguen en edad temprama?—(J. G.)

2.ª ¿El quinto principio, Manas, es dual en su esencia ó en sus manifestaciones?—(J. P.)

3.ª ¿La Teosofía admite la *creación* como fuente ú origen de los seres y de los mundos, ó concibe el Cosmos como increado y eterno?—(L. M.)

Otra pregunta se ha recibido suscrita por una persona, cuyas iniciales son J. de R., á la cual suplicamos se sirva formularla nuevamente de un modo más concreto, puesto que en la forma con que se nos ha remitido, es muy compleja é involucra varias cuestiones.

Invitamos á todos cuantos se interesen en la Teosofía, á que nos remitan su contestación á una ó más de las preguntas precedentes, reservándose la Redacción el derecho de contestarlas á su vez en el número próximo.

OBJETOS DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

1.° Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

2.° Fomentar el estudio de las Religiones, Literaturas y Ciencias de los Arios y de otros pueblos orientales.

3.° Investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza, y los poderes psíquicos latentes en el hombre. Sólo una parte de los miembros de la Sociedad se dedica á este objeto.

A los que deseen pertenecer á la Sociedad, no se les pregunta por sus opiniones religiosas ni políticas; pero en cambio se exige á todos la promesa, antes de su admisión, de respetar las creencias de los demás miembros

PARA INFORMES SE DIRIGIRÁN—*En la India:* Bertram Keightley, Esqr. Adyar (Madrás).—*En América:* William Q. Judge, Esqr. P. O. Box, 2659, Nueva York.—*En Europa:* G. R. S. Mead, Esqr. 19, Avenue Road, Regent's Park, London N. W.—*En México:* Mrs. Juana A. de Marshall. Apartado 129, México.—*En las Indias Occidentales:* Conrad. F. Stollmeyer, Esqr. (Trinidad).—*En España:* Madrid, Redacción *Sophia*, Revista Teosófica, Cervantes, 6, pral.; Barcelona, D. José Plana y Dorca, Aribau, 104, 2.°, 1.ª; Valencia, D. Bernardo de Toledo, Pintor López, 3; Coruña, D. Florencio Pol, Órdenes; Alicante, D. José Jiménez Serrano; Tenerife, Miss J. Forssmann, Lomo de los Guirres, Puerto de la Cruz; Gibraltar, Mrs. Terrell, London House.

RAMAS O SOCIEDADES LOCALES: Sección India, 167 Ramas; Americana, 67 Id.; Australiana, 9 Id; Europea, 78 Id. y Centros

Revistas Teosóficas

SOPHIA, Revista Teosófica mensual. Se suscribe en la Administración, Cervantes, 6, principal, Madrid; en Barcelona: calle de Aribau, 104, 2.°, 1.°, y en las principales librerías de España y el extranjero.

Precios de suscripción: España y Portugal, un año, pesetas 6; seis meses, pesetas 3'25; Extranjero, un año, pesetas 10

The Theosophist. Publícase mensualmente en Adyar (India), Director, H. S. Olcott. — Suscripción en Europa, 1 libra esterl.

Lucifer (1). Publicación mensual, editada por A. Besant y G. R. S. Mead.—Suscripción, 17 s. 7, Duke Street Adelphi, London.

The Path. Publicación mensual, editada por William Q. Judge. Precio, 10 s. 7, Duke Street Adelphi, London

Theosophical Siftings. Publicación bimensual de la **Theosophical Publishing Company**, 7, Duke Street Adelphi, W. C., London. — Precio, 5 s. al año

(1) «Lucifer no es ningún título Satánico ni profano. Es el latín *Luciferus*, el que ilumina, la estrella matutina, y era un nombre Cristiano en los tiempos primitivos, llevado por uno de los Papas. Adquirió su asociación actual únicamente gracias al apóstrofe de Isaías: *Cómo has caído de los Cielos. ¡Oh, Lucifer, Hijo de la mañana!* De aquí Milton tomó Lucifer como el título de su demonio del orgullo, y el nombre del puro y pálido heraldo de la luz del día se ha hecho odioso para los oídos Cristianos. *Yo, Jesús... soy la resplandeciente, la estrella matutina (Lucifer).*»

Véase 2, Pedro I, 19. y Apocalipsis XXII, 16.

Le Lotus Bleu. Revista mensual, H. M. Coulomb, 30, Boulevard Saint-Michel, París, 12 fr.

The Buddhist. Publicación semanal editado por A. E. Buultjens, B. A., 61, Maliban Street-Colombo (Ceilán)

Teosofisk Tidskrift. Revista mensual, editada por el Barón Victor Pfeiff, y publicada por Loostrom & Co., Stockolm.

The Theosophical Forum. Revista mensual, editada por A. Fullerton, P. O. Box, 165, New York

The Vahan. Revista mensual, editada por W. R. Old, 19, Avenue Road, Londres, N. W.

The Prasnottara. Revista mensual, editada por Bertram Keightley, M. A. Adyar (Madrás)

Pauses. Revista mensual, se publica en Bombay

The Pacific Teosophist. Revista mensual para California.

Lotusblüthen. Revista mensual, editada por Wilhelm Friedridh Verlagsbuch handlung, Leipzig, Alemania

Theosophia. Revista mensual, Amsteldijk, 34, Amsterdam.

The Irish Teosophist. 71, Lower-Drumcondra-Road, Dublin.

Libros en Español

Lo que es la Teosofía, por Walter R. Old. . . . . . Ptas. 2
¿Qué es la Teosofía? por Nemo. . . . . . » 25
Teosofía, por Nemo . . . . . . » 1
Ecos del Oriente, por W. Q. Judge . . . . . . » 1
Luz en el Sendero. . . . . . » 1
La Voz del Silencio . . . . . . » 2
Por las Puertas de Oro. Publicado en los 8 primeros números de los *Estudios Teosóficos* . . . . . . Ptas. 2
Primera serie de los **Estudios Teosóficos** . . . . . . » 4
Segunda id., id., id. . . . . . . » 4
H. P. Blavatsky ó la Teosofía y sus enemigos. » 25
La Base Esotérica del Cristianismo, Kingsland. » 25

EN PUBLICACIÓN: **Isis sin velo, por H. P. Blavatsky.** Esta obra sale en entregas de 16 páginas, en tamaño folio, al precio de 25 céntimos de peseta por entrega. Se suscribe en la Redacción de *Sophia* (Madrid), y en Barcelona, en la Redacción y Administración de esta Revista. De provincias, las suscripciones se verificarán enviando el pago adelantado de 10 entregas, como mínimum.

EN VENTA: **La Clave de la Teosofía**, por H. P. Blavatsky. Un volumen en 4.° de XX + 327 páginas, con un retrato de la autora. Precio: 4 pesetas en rústica, y 5 pesetas encuadernado en tela.

EN PRENSA: **Constitución septenaria del Hombre, Reencarnación, la Muerte ¿y después?** por Annie Besant. Un volumen formando un *Manual Teosófico*.

Libros en Inglés

DE INTRODUCCIÓN

The Key to Theosophy. H. P. Blavatsky . . . . . . S. d. 6 0
Esoteric Buddhism. A. P. Sinnett . . . . . . » 4 0
Reincarnation. E. D. Walker. . . . . . » 3 6
Echoes from the Orient. William Q. Judge . . . . . . » 2 6
The Seven Principles of Man. Annie Besant. . . . . . » 1 0
Reincarnation. Annie Besant . . . . . . » 1 0
What is Theosophy? Walter R. Old. . . . . . » 1 0

PARA ESTUDIANTES MÁS AVANZADOS

Isis Unveiled. H. P. Blavatsky . . . . . . S. d. 12 0
The Secret Doctrine. H. P. Blavatsky . . . . . . » 42 0
The Theosophical Glossary. H. P. Blavatsky . . . » 12 6

DE ÉTICA

The Voice of the Silence. Trans. by H. P. Blavatsky » 2 6
The Bhagavad Gita. (American edition). . . . . . » 4 6
Light on the Path. M. C. . . . . . » 2 6
The Light of Asia. Sir Edwin Arnold . . . . . . » 3 6
Letters that have helped me. Jasper Niemand. . » 2 6

Libros en Francés

Le Bouddhisme Esotérique, por Sinnett. . . . . . Frs. 3'50
Le Monde Occulte, por id. . . . . . . » 3'50
Théosophie, por Saint Patrick. . . . . . » 4
L'Humanité posthume, por Leon d'Assier. . . . . . » 3
Catechisme Bouddhiste, por H. S. Olcott, traducido de la 31.ª edición inglesa. . . . . . Frs. 1
Colección de la **Revue Teosophique**, etc., etc. . . . » 15'50
Le Secret de l'absolu, por E. J. Coulomb . . . . » 3'50

Tipografía LA ACADÉMICA; Ronda de la Universidad, 15 - Chaflán - Balmes, 15; Barcelona